

El medio pollito

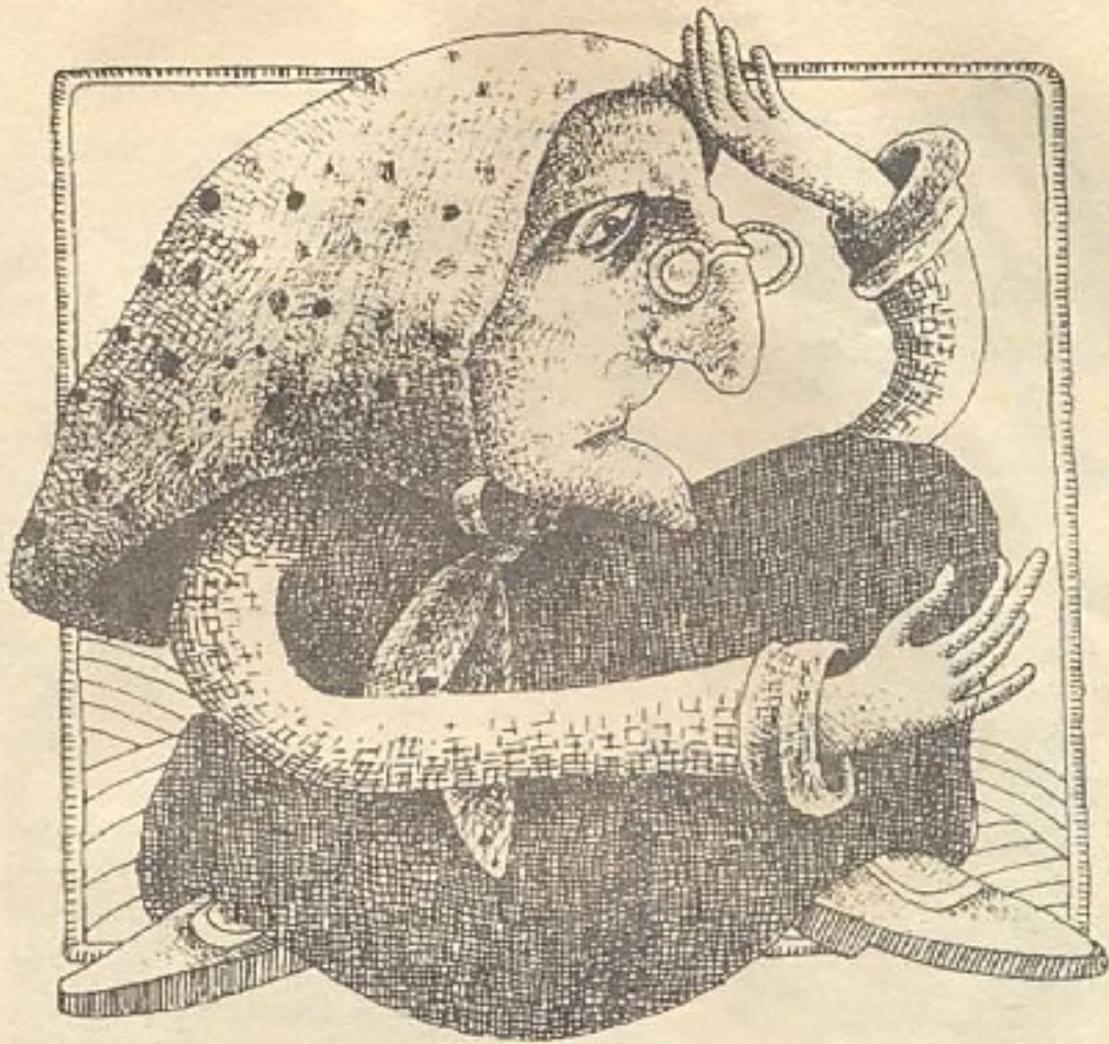
Rosario Ferré

ALEAGUARA

INFANTIL



8.



Había una vez un niño que se encontró a una viejecita sentada a la orilla del camino.

El niño se le acercó y le dijo:

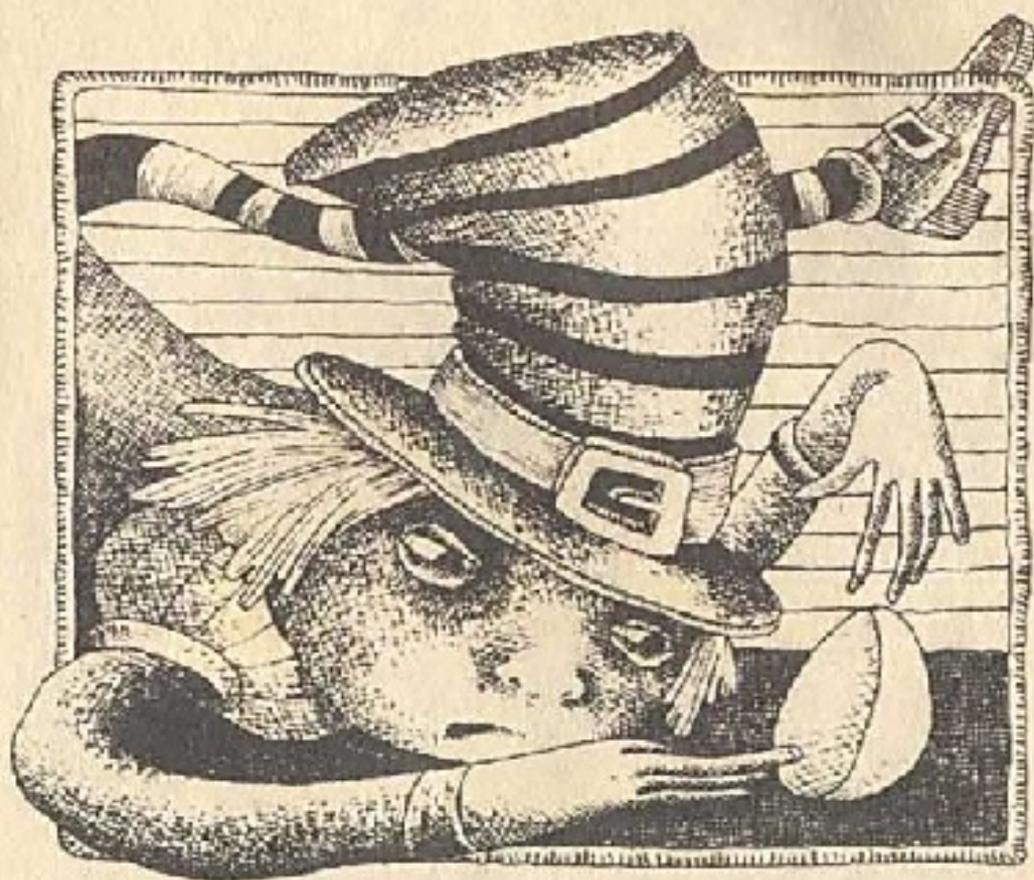
—Tengo mucha hambre y no tengo nada que comer. ¿Tienes un pedazo de pan para compartir conmigo?



La viejecita le contestó:
—Me encantaría ayudarte, pero soy tan pobre como tú. Lo único que tengo en el mundo es este huevo que traigo en el bolsillo. Como veo que eres muy pobre, lo compartiré contigo.

Entonces se sacó el huevo del bolsillo, lo partió por la mitad, y le regaló al niño medio huevo.

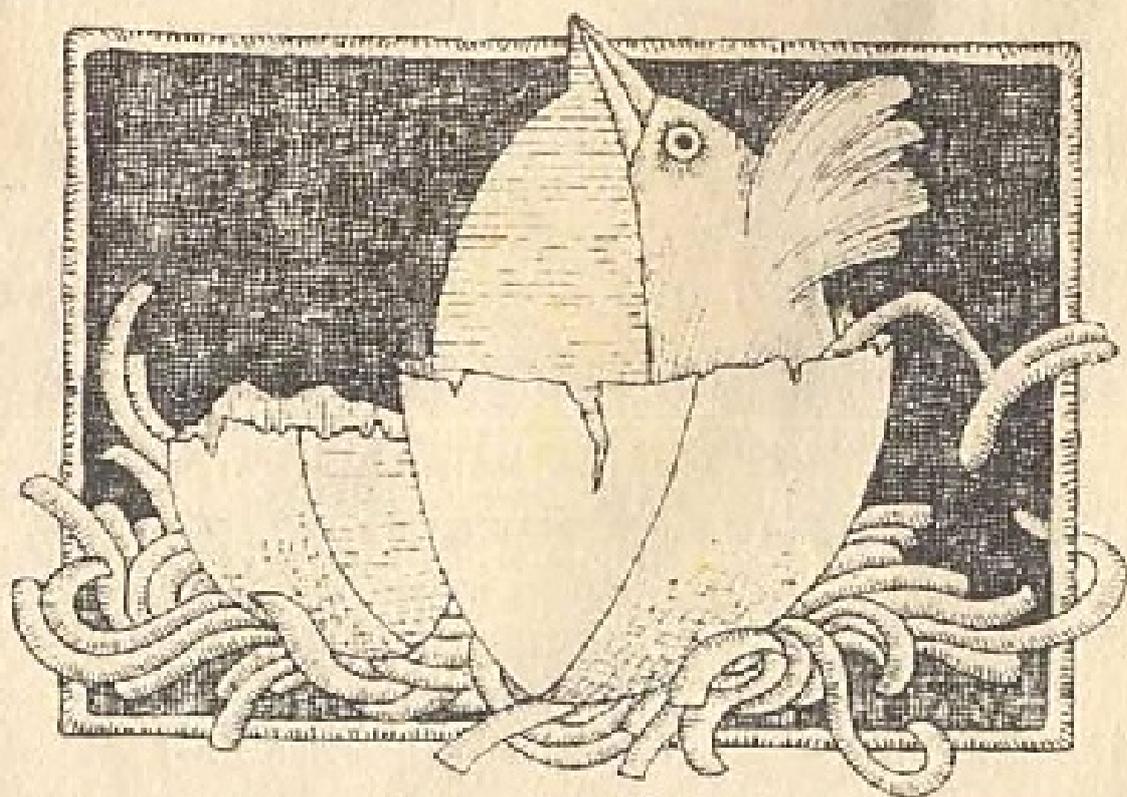
El niño siguió su camino sosteniendo, con mucho cuidado, el medio huevo en la palma de la mano. Cuando llegó a su casa, se sentó en el piso de tierra y se quedó mucho rato mirándolo. Al fin le dijo cariñosamente:

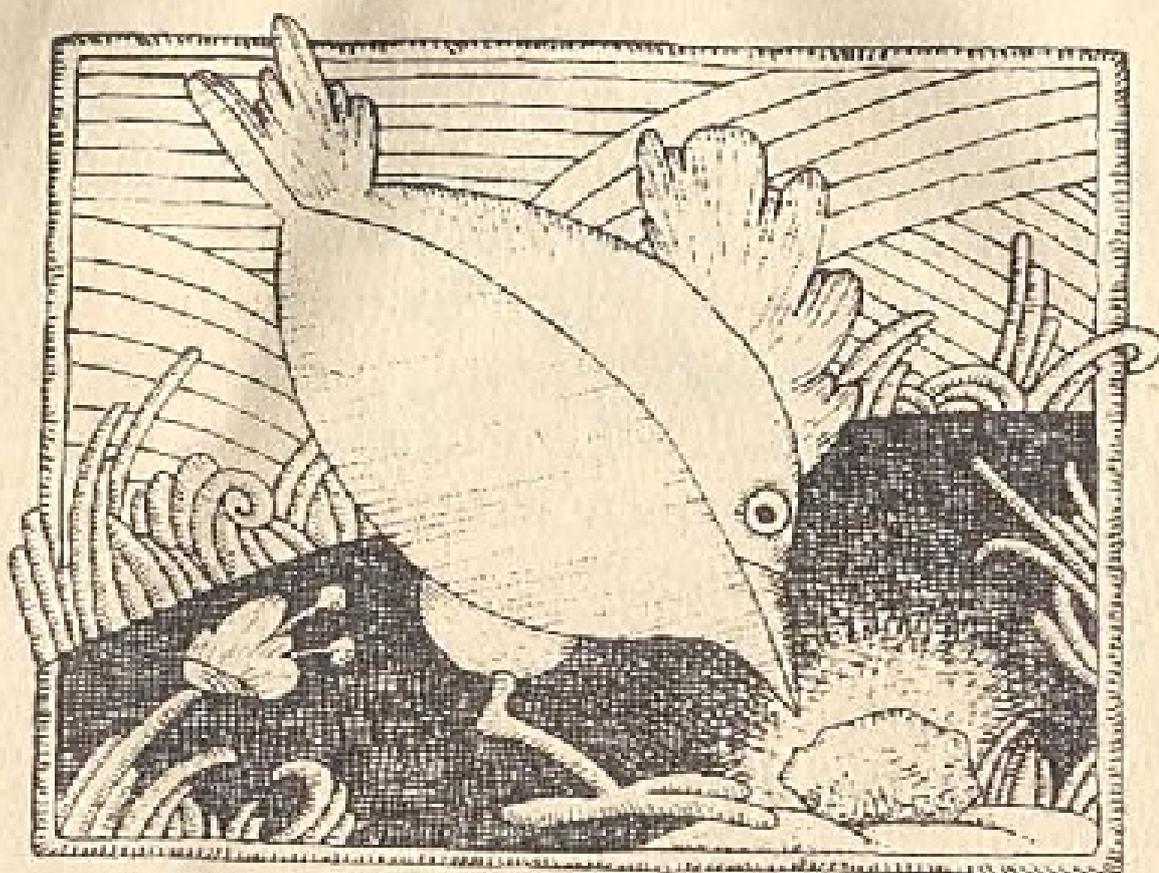




—Tengo mucha hambre, pero no te voy a comer. Hace tanto tiempo que no tengo con quien jugar y me hace falta un compañero.

Acomodó el huevo en un nido de hojas secas, y lo colocó debajo de la única lámpara de gas en la casa. La única lámpara calentó y calentó el medio huevo hasta que empolló medio pollito, con una sola pata, una sola ala, un solo ojo y medio piquito.





El medio pollito creció y creció y jugaba todo el tiempo con el niño.

Un día el medio pollito tenía mucha hambre y se puso a escarbar con su sola patita alrededor de la casa. Después de un rato se encontró una pepita de oro y se la llevó corriendo al niño.



Decidieron llevársela al rey para vendérsela. Así podrían quizá aliviar el hambre que sentían.

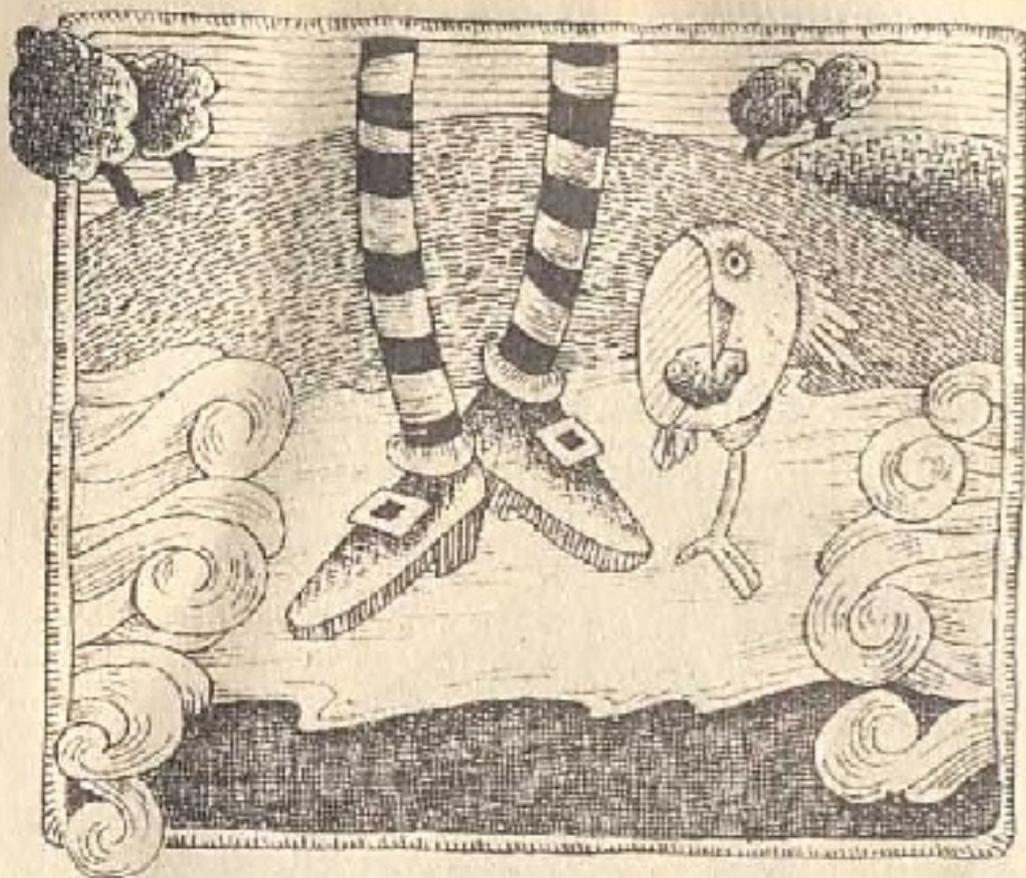
Al punto se pusieron en camino a palacio. El medio pollito iba muy contento, saltando sobre su única pata y sosteniendo la pepita de oro en su medio piquito.





Llegaron a un valle donde se encontraron un gran río que tenían que cruzar.

—¡Río, río, por favor quítate de enmedio y déjanos pasar! —gritó el medio pollito. Pero el río no los dejaba pasar.

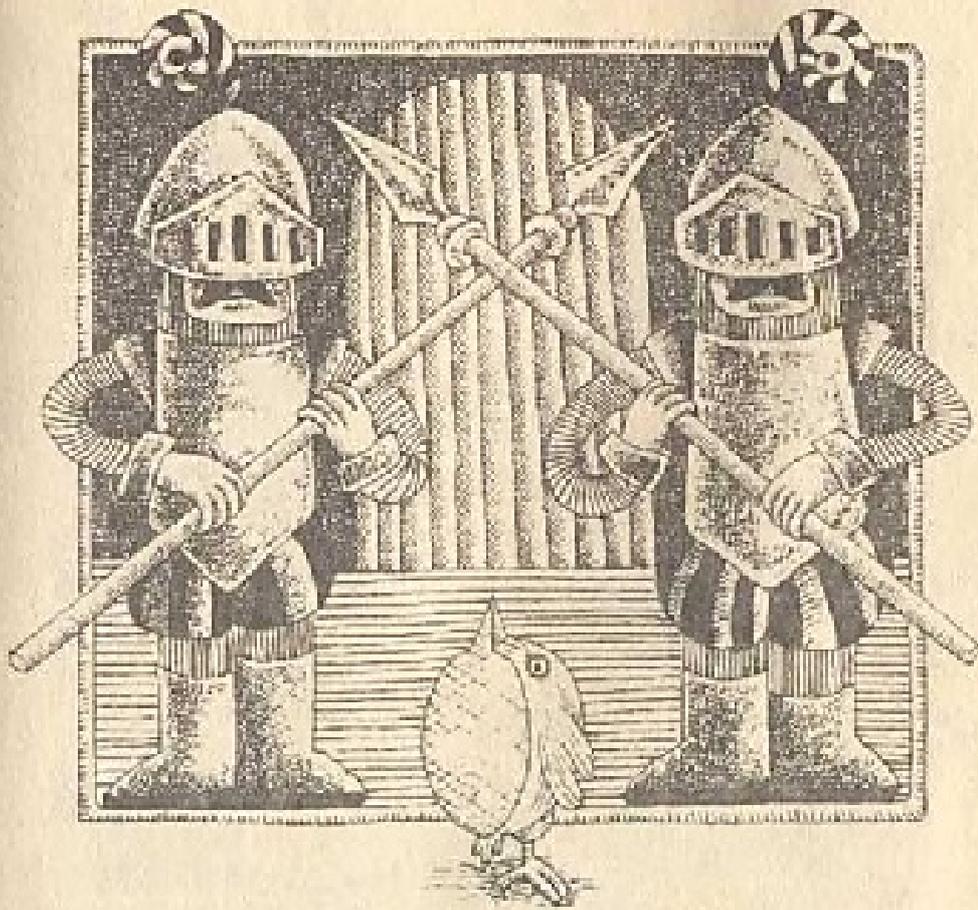


Entonces el medio pollito le enseñó la pepita de oro que llevaba en su medio piquito y enseguida el río menguó su corriente y los dejó pasar.

Mas allá divisaron el palacio que tenía un foso muy ancho, con un puente levadizo. El medio pollito y el niño cruzaron el puente y llegaron a las puertas de palacio.

—¡Guardias, guardias, por favor abran las puertas y déjenos pasar! —les gritó el medio pollito.

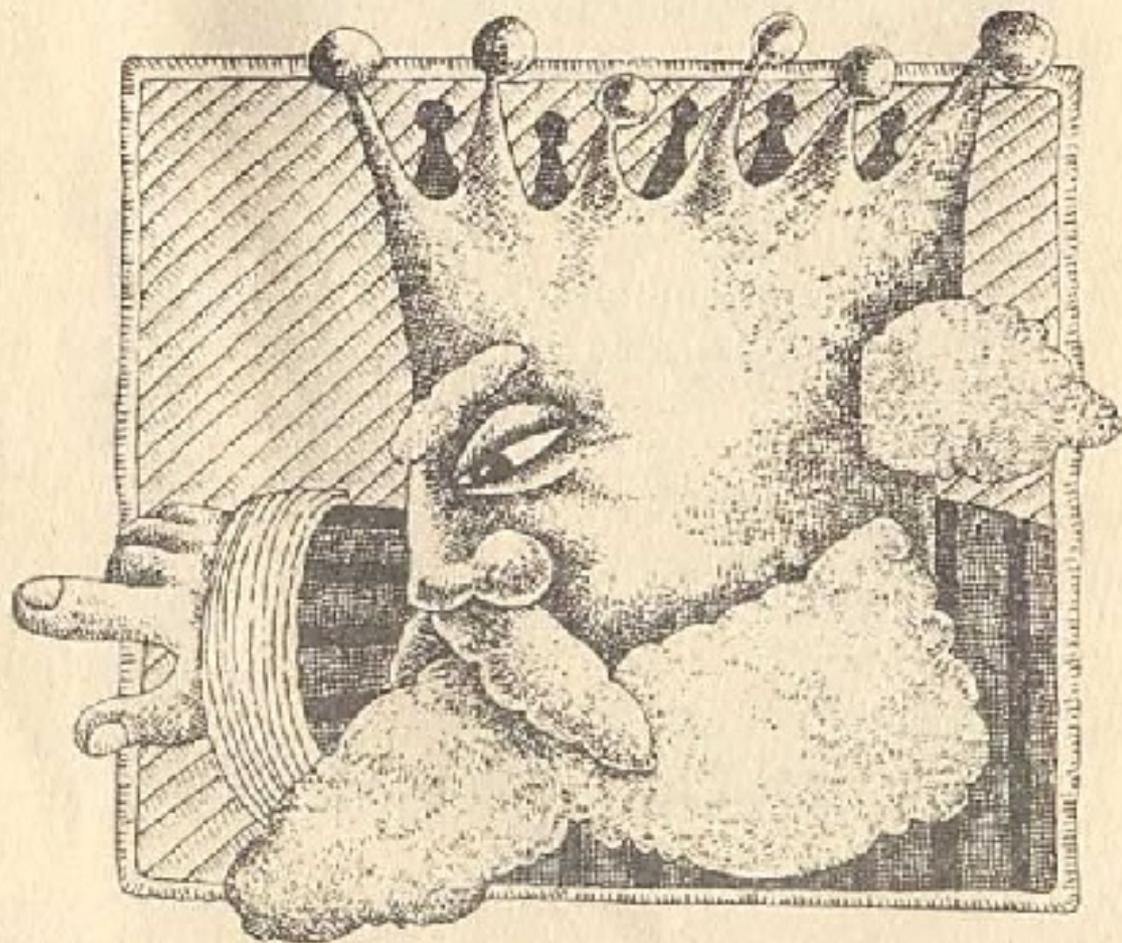
Pero los guardias no quisieron abrir. Entonces el medio pollito les enseñó la pepita de oro que llevaba en su medio piquito y enseguida los guardias bajaron sus lanzas, abrieron las puertas y los dejaron pasar.



Por fin llegaron ante el rey. El niño se le acercó y le dijo:

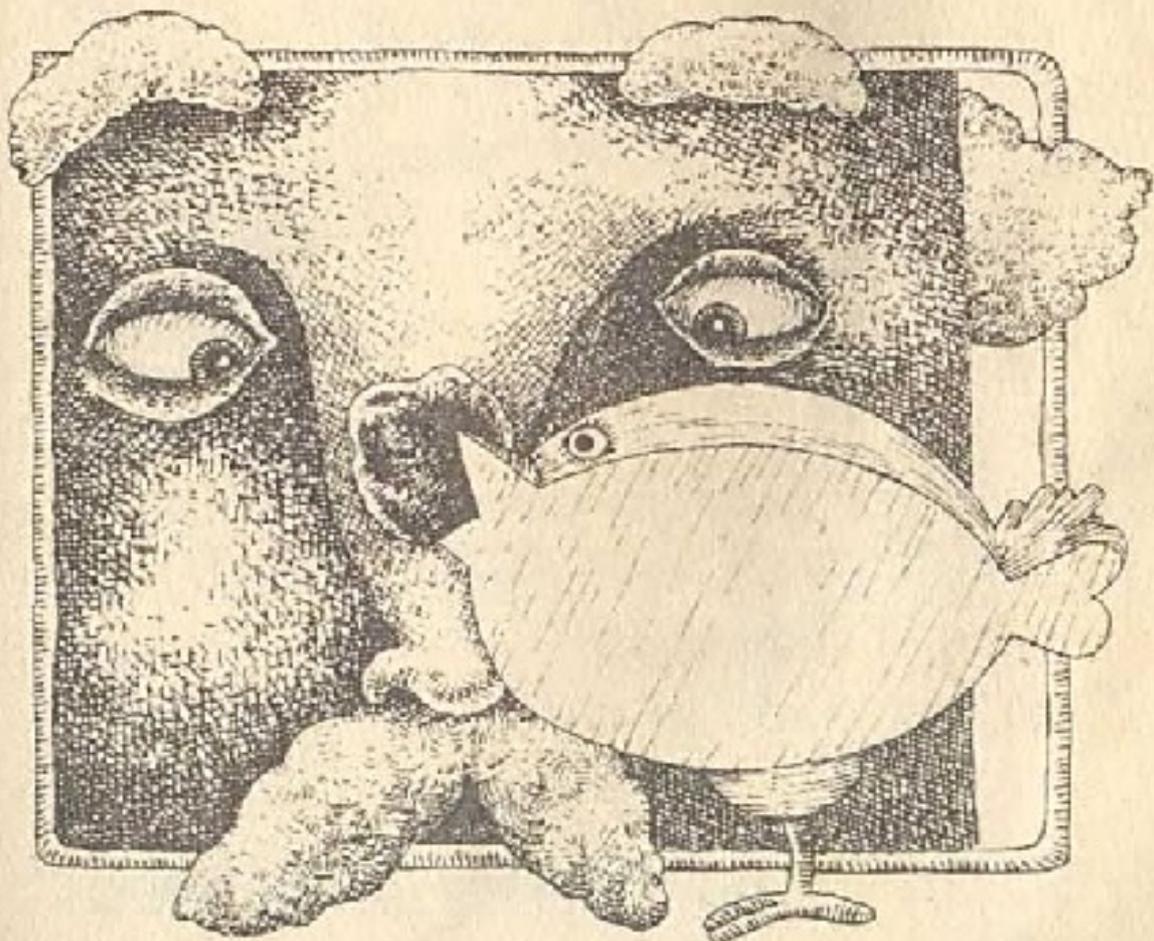
—¡Rey, rey, tenemos mucha hambre! ¡Danos por caridad un saco de arroz, un saco de porotos y un saco de harina!

Pero el rey montó en cólera y llamó a los guardias para que vinieran y los sacaran de allí.



Entonces, el medio pollito le enseñó al rey la pepita de oro que llevaba en su medio piquito, y le dijo:

—¡Rey, rey, mira que tenemos mucha hambre y nada que comer! ¡Danos un saco de arroz, un saco de porotos y un saco de harina y te daremos esta pepita de oro que traigo aquí!





El rey dejó de gritar y contestó:
—Eso está muy bien, muy
bien. Dame acá la pepita, y maña-
na les daré lo que han pedido.

Y el niño y el medio pollito
regresaron muy contentos a su casa.

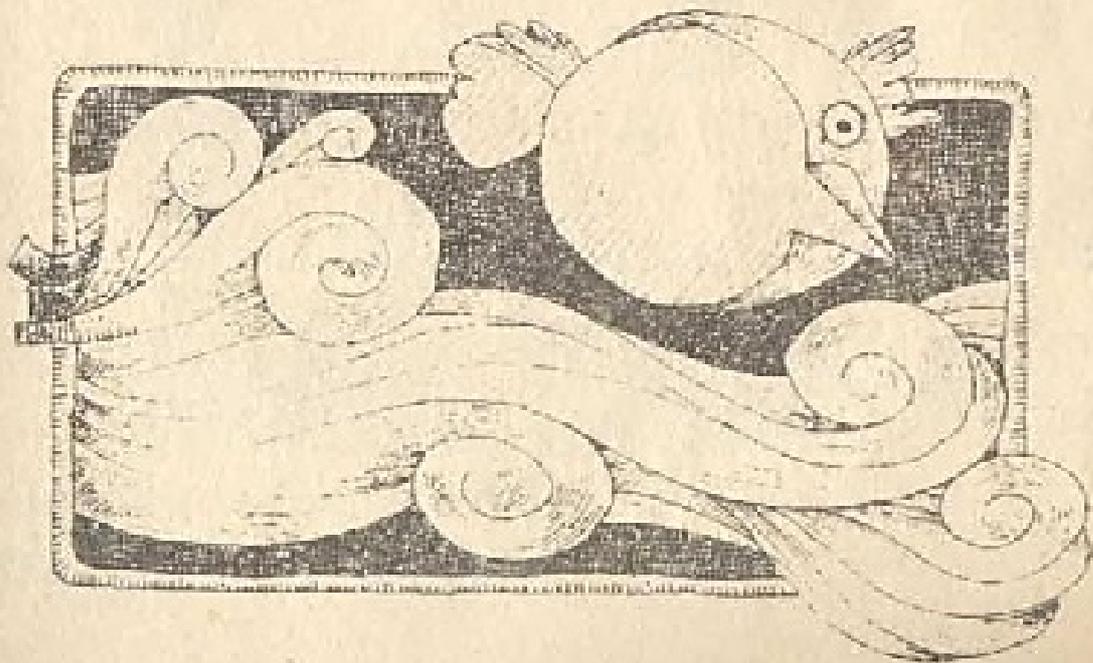
Al otro día los dos amigos salieron muy temprano para el palacio. Cuando llegaron al valle se tropezaron con el río.

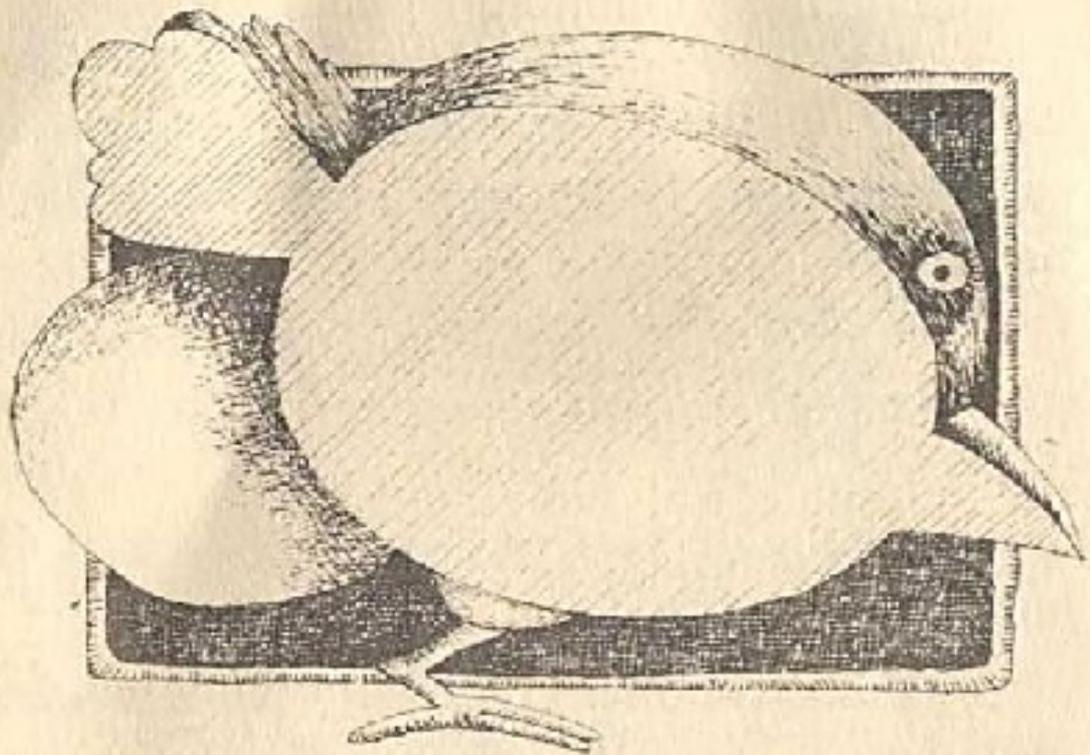
—¡Río, río, quítate de enmedio y déjanos pasar! —gritó el medio pollito.

Pero el río no menguó su corriente.

Entonces el medio pollito insistió:

—¡Río, río, quítate de enmedio y déjanos pasar, porque si no, te trago todito y te tapo con mi medio rabito!





Pero la corriente de agua no menguó. Entonces el medio pollito se bebió de golpe todo el río y se lo metió debajo de su medio rabito.

Más tarde llegaron frente al palacio. Los guardias habían levantado el puente y el medio pollito y el niño no podían cruzar el foso. El medio pollito abrió su única ala, que era tan grande como una vela de barco, y le dijo al niño que se subiera sobre su lomo. Dando un gran

salto, salieron volando y aterrizaron al otro lado del puente.

—¡Guardias, guardias, déjenos pasar! —gritó el medio pollito cuando llegaron frente a las puertas del palacio.

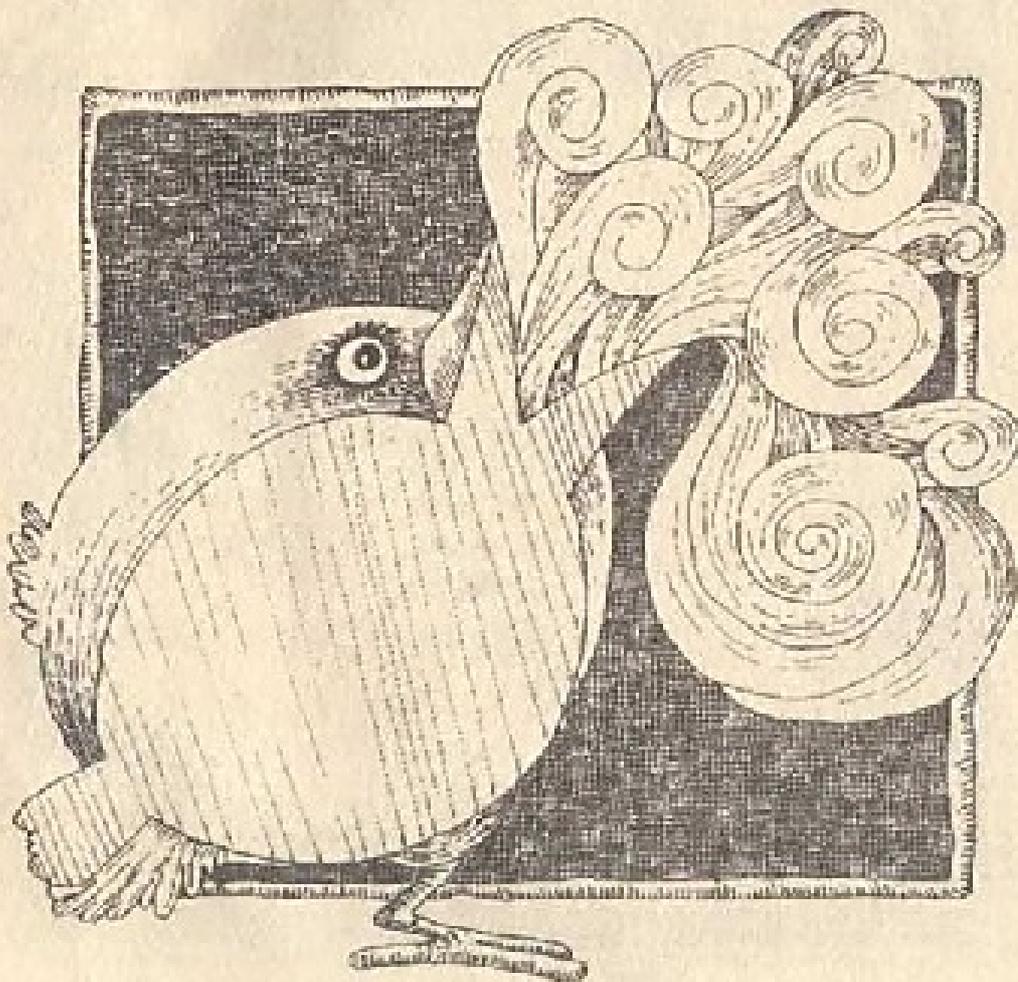
Pero los guardias no le hicieron caso. Entonces el medio pollito



abrió su medio piquito y soltó un gran chorro de agua que arrastró a los guardias lejos de allí y abrió de golpe las puertas de palacio.

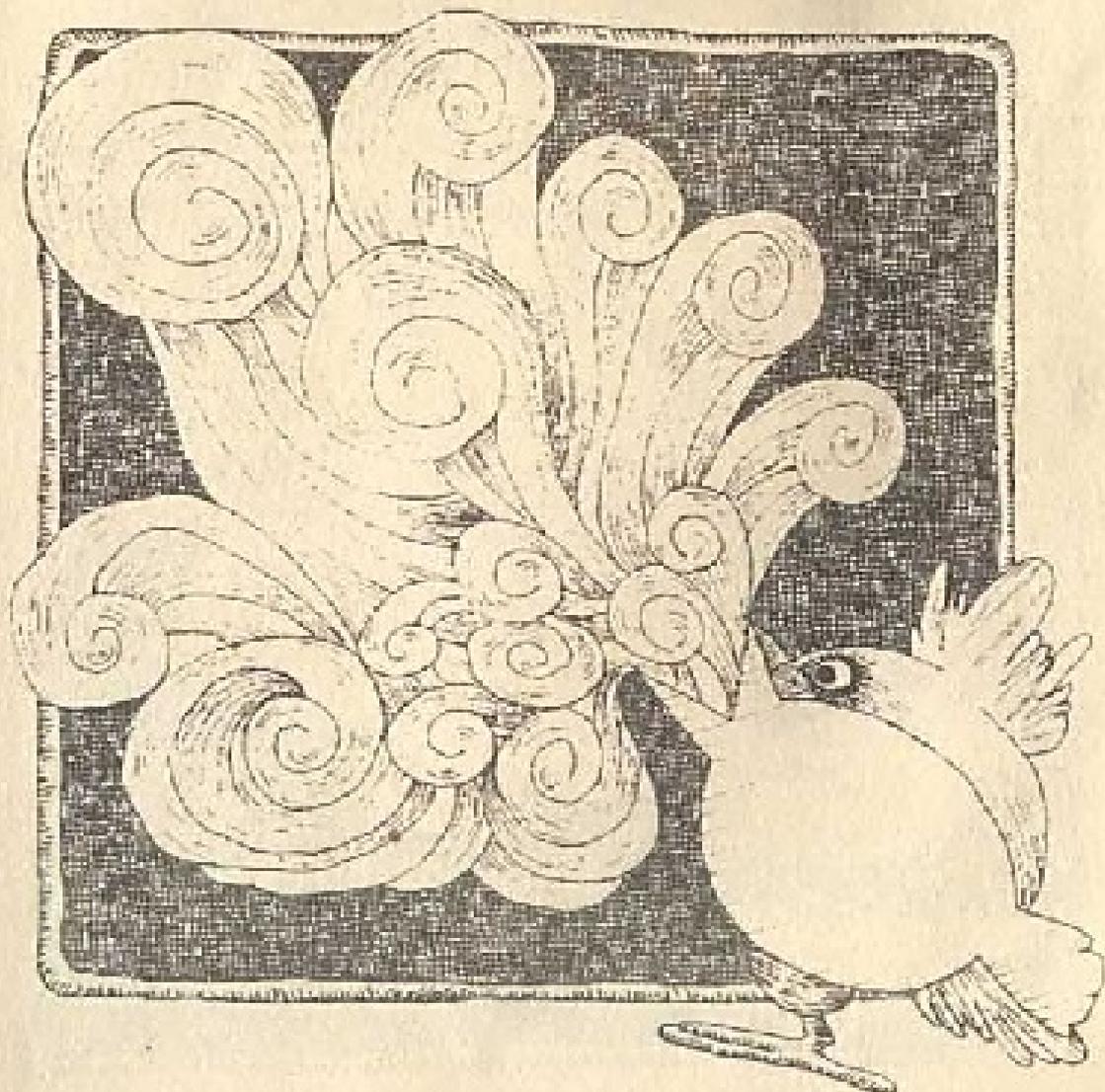
Por fin llegaron frente al rey.

—¡Rey, rey, cumple tu promesa!
¡Danos nuestro saco de arroz, nuestro saco de porotos y nuestro saco de harina y nos iremos tranquilos!



Pero el rey se negó a cumplir su promesa. Sentado sobre su trono, negaba todo el tiempo, moviendo de lado a lado la cabeza.

Entonces el medio pollito abrió todo lo más que pudo su medio piquito y empezó a vomitar todo el río dentro del palacio.

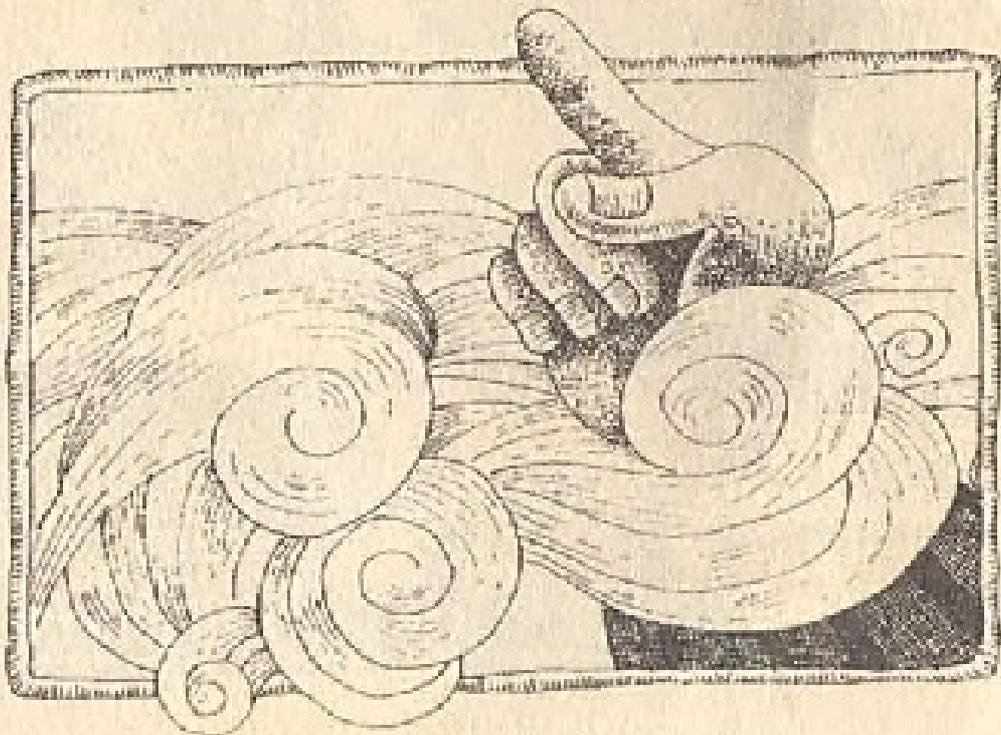




El agua le llegaba al rey casi hasta la cintura, pero se negaba a cumplir su promesa.

—¡Rey, rey, danos lo prometido y nos iremos tranquilos! —gritó el niño.

Ahora el agua le llegaba al rey casi a la altura del cuello, pero se negaba a cumplir su promesa. Sacó la mano fuera del agua y la estiró hacia arriba lo más que pudo, moviendo de lado a lado el dedo índice todo el tiempo, pero el agua subió y subió hasta que lo tapó.



El niño y el medio pollito esperaron tres días a las afueras del palacio a que el agua del río regresara a su cauce. Entonces repartieron muy contentos todos los bienes del rey entre los pobres, y regresaron a su casa con su saco de arroz, su saco de porotos y su saco de harina.

